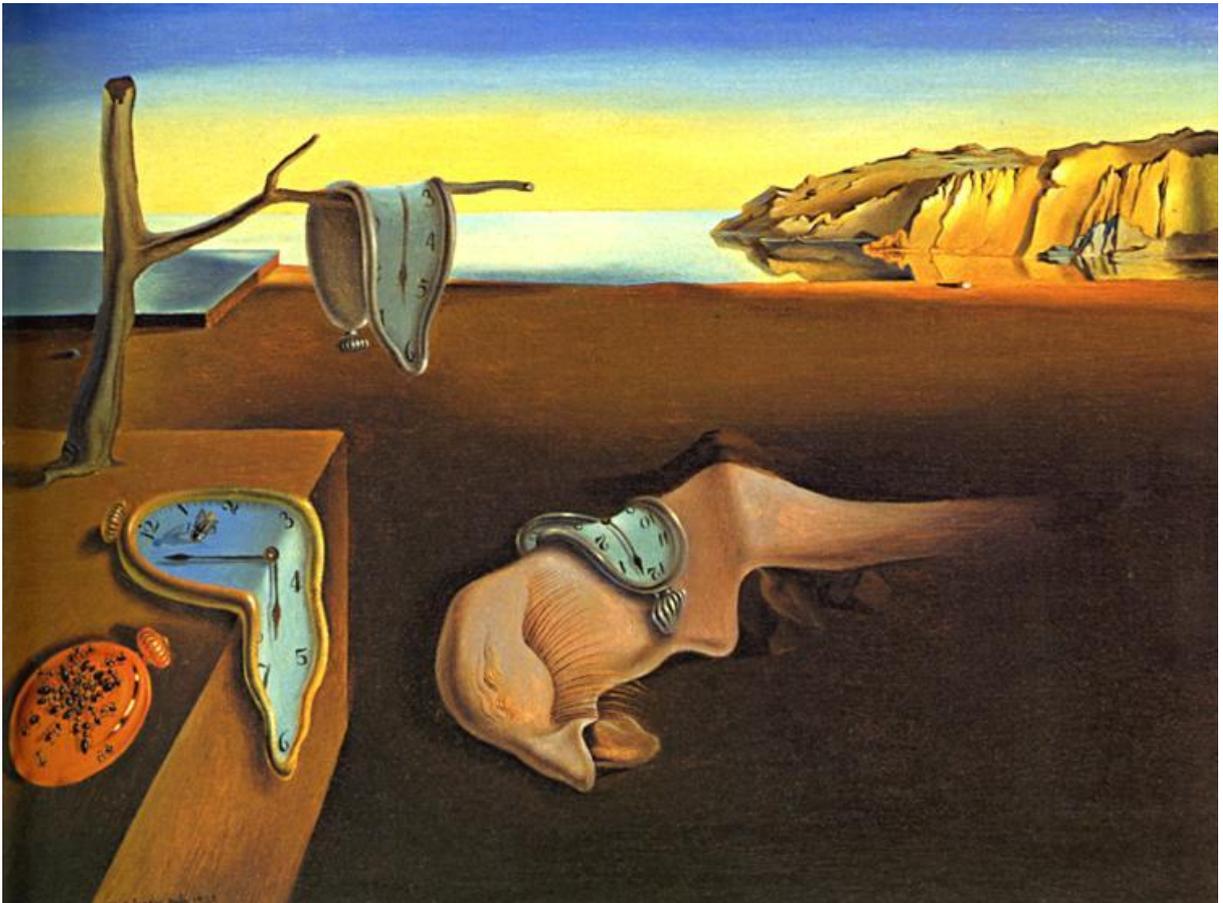


REVISTA LITERARIA KATHARSIS

CANTOS DE LA MAR INCIERTA

Carlos Guerrero Gallego



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.com/](http://www.revistakatharsis.com/)

Copyright © 2006 Carlos Guerrero Gallego

A modo de introducción

Cuando los sentimientos anegan el ánimo, y la nostalgia se instala en el largo atardecer, allá donde el rayo verde brilla por su ausencia, dejamos irrumpir a su aire la añoranza de aquel tiempo que no supimos retener, -ni siquiera proyectar en la pared-, para permitirnos el dudoso placer de dejarnos deslumbrar por el falso reflejo dorado de lo perdido sin remedio, y entonces surgen, incontenibles, borbotones de palabras que se relían al pensamiento confuso y que, poco tiempo después, se reconvierten en otro poema. Pero este poema no es uno más: nos apresuramos a considerarlo como el mejor de cuantos hemos escrito, como el único capaz de contener toda la emoción que nuestro corazón encierra... Y así, hasta llenar las páginas que hoy componen este libro, donde el corazón, la sorpresa y los recuerdos, tanto en su vertiente positiva como negativa, juegan, perversos, a motivar la añoranza.

CANTO A LA MAÑANA NUBLADA DE TI

¿Acaso fuiste tú, mañana efímera de selváticos reflejos,
 la que apresuró sin misericordia,
 -desliada en sueños agoreros de otros sueños aún por venir-
 mi soñada realidad hacia la nada?

(niños y tragos jugando a ser mayores)

¿O, por el contrario, el amor,
 -iris loco de tiempos más idóneos que tu tiempo y mi tiempo-,
 fue el que dio sentido al fantasma de azul y nieve,
 insustancial de formas y matices, sólo procesado por la ilusión?

(¿O acaso mis ansias de volar
 impulsaron las cenizas de un pasado sin luz hacia otras olas?)

Contemplo al sol perderse entre las feraces aguas,
 -diminutas gotas de rocío alineadas en loco carnaval hacia la madrugada-

y dejo volar mis ansias de alcanzarte,
 para descubrir el lago de cobalto
 que un día señalamos tú y yo en el mapa de la pasión volatinera,
 mientras la cigarra gritaba: “no volveré” a las obreras del hormiguero
 y los gorriones, pintados de amarillo,
 revoloteaban las migas de deseo
 que dejabas salir de tu mochila, mi mochila,

[nuestra mochila, equipada de amor al infinito]

Y presiento,
 -no sé por qué-,
 mi retorno a esa niñez disipada en tus orillas...

ESPEJOS

Siempre me ha molestado
mirarme en el espejo de mi cuarto de baño,
rechinando mañanas de sueño mal dormido,
ojos como el acanto trizado por la aurora,
cuando las pesadillas patinan por la puerta
y el reflejo me vuelve en gris y sepia juntos.
Se me mueven entonces las voces del reproche
almacenadas en momentos de no ser yo,
conjugo sombra y luz con carne y sentimiento,
me mudo hasta el archivo de las fotografías
y me siento en la alfombra,
a revolver unos rostros retratados
en posturas y gestos ajenos a mí hoy.

Siempre me ha molestado
ponerme ante el espejo de vetustos salones
en las tardes de fiesta familiar aburrida,
de monótonas horas hablando de lo mismo
y los niños tirando los canapés al suelo.
Me transporta a un ayer
de manos limpias y orejas coloradas,
claudicantes domingos
cargados de reproches y mal comportamiento,
amenazando reyes con carbón,
y me veo
desatendiendo la regañina de la abuela
mientras mi perro roe el cordón del zapato.

Siempre me ha molestado
ponerme ante el espejo de los bares de copas,
empañado por noches repetidas en vano parloteo
y repleto de bocas reflotadas con sonrisa de piedra,

llenas de sexo triste, soledad imperfecta,
y expuestas sobre el fieltro de un sucio mostrador...

-agobiadas muñecas de pestañas rizadas
y ancianos seductores de equilibrio inestable,
vestidos con alpaca de grandes almacenes,
servicial camarero del don y la propina,
adulterando copas de resaca inminente-

Y me vuelvo, impotente,
para beberme el soplo de la estupidez.

HABITANTE de la sombra de los cuchillos,

caduco sacristán de ritos pervertidos,
estandarte genital de orgías fracasadas,
¡ven aquí!,

y recita el poema que olvidaste en mi ausencia.

Repite la canción desafinada que canté de pequeño.

Multiplica de nuevo por la tabla del siete.

Retrásate en el escaparate de los juguetes rotos.

Remóntame hasta el circo, remendado y escaso, de la feria.

Recupera los cuentos enmarcados de pan y chocolate.

Localiza la voz desgachada que afloró aquel verano.

Tráeme hasta aquí los ojos consumidos de mi gente lejana,

las mañanas de barro en el pasillo,
los lluviosos otoños de clases aburridas,
las primaveras llenas de gusanos de seda,
los pasos de mi padre subiendo la escalera,
el olor a comida de domingo, jabón y botas nuevas,
mis exigentes prisas por hacerme mayor.

¡Venga!

recojámoslo luego

entre las manos de sueños incumplidos,

y vayámonos lejos, muy lejos,

para enterrar al pie de las moreras,

profundo, muy profundo, en donde nadie llegue,

los añorados tiempos de ese ayer.

DESMARQUE

Soñar ensoñaciones me acerca a nuevos sueños
que, raudos, se introducen en el sueño matriz.
Me revuelven el orden que guardo con empeño
y remueven la idea que tenía de mí.

Quizás, si no soñara, no aventuraba sueños
y no se agolparían sensaciones sin ser.
El mundo no se adapta al mundo de mis sueños
y yo no me parezco a aquel con quien soñé.

Soñar ensoñaciones me oculta las verdades
que encuentro en esas noches en que no sé soñar,
y sufro al ver las rondas de crudas realidades,
y al final, me despierto por no ver el final.

Desvelado, en la cama no paro de dar vueltas,
intentando, medroso, no volverme a dormir
hasta que vuelva el sueño de las ensoñaciones
y, soñando, me crea que alguna vez creí.

VARADA

Sortea los escollos
con el temple
que le dieron años de bogar las aguas.

Pone la proa al cabo
y da a la mar la espalda,
menospreciando el peligro del levante
encrespado a la amura de la barca.

Guía con mano firme la dislocada barra
y desoye los cánticos del viento,
engañoso de promesas ignoradas.

Y se gana la orilla,
recubierto por la espuma, por las algas.

Vara el bote en la arena,
allá donde las olas no le alcanzan,
y se seca al fuego de los remos,
quemando así su vuelta a la mar brava

FUGITIVO

Ante esta mar tranquila y sonrojada
de emoción, por tantas veces ausente,
como extraño de sí se despereza
y coge la mañana como suya
para alzarla hasta el viento
y superarla
en el viejo reclamo de la ausencia,
marcado por incógnitas y miedos
tallados en su viaje,
travesía de un mar sin sal ni olas
que le llevó, sin más, hasta el encuentro
del triste amanecer tejido en gris.
Liberación pactada sin esclusas
que salven la ciudad del desengaño,
donde debe volver, y marchitarse
en el mar interior de su destino,
escrito con las dudas de todos los demás,
que le rodean y señalan en el error
de irse otra vez lejos.

SENDEROS

Hoy tengo herido al tiempo.
Dolida, de mi mano camina
la razón de mi camino.
Hoy llevo a la derrota con el puño
clavado en el andar,
 en el destino.
Escucho al sufrimiento, jugando,
 hablar conmigo
 y tengo al corazón
enarbolando canciones que ya han sido.

Me muevo entre las sombras
sin norte ni señal de adonde he ido
y toco las espinas del sendero
al huir del y qué y del da lo mismo.

 He guardado en el éter
la razón que me impulsa a darte abrigo,
y conformo al ocaso de las horas
con la imaginación de estar, de hablar,
 ¡amigo!

TUVE QUE APRENDER a desfilas ante las ciudadelas reales
y olvidé la identidad de los espacios libres y abiertos.

Tuve que aprender a renunciar a la libertad de las mañanas

y me obligué a pasear por la calzada
de estrecha coyuntura, agobiado de gris
Cubrí mis pies, anchos del camino,
de incómodos escaarpines
repujados en cuero y corazón marrón y negro,

para así poder soslayar

el daño concebido en la entraña de la piedra.

Resguardé mis espaldas de los vientos de abajo,

hambrientos de piel y pensamientos,

en la pelliza del pastor de la montaña

que entrelacé con el cordón de las ensoñaciones.

Me libré el rostro del juego embaucador

de las estatuas muertas en la arena,

usando, a modo de velo protector,

la terracota azul del tiempo permitido

y me tapé del ruido impostor

que circula por las almenas más altas,

gritándole al silencio para que se calle.

Traigo los ojos cansados

de pasearme siempre por los mismos sitios.
Por rutina, colijo la vereda equivocada
y tomo por ese camino que lleva al corazón
en lugar de dirigirme donde la mar termina.

Me conozco ya el paraje
hasta en su circunstancia.

Le limito los abrojos con los pies
y vuelvo a engancharme en las espinas
la camisa, que navega fuera de control,
 predispuesta
a dejarse atrapar en el error de todos los días.

Protestan, furiosas,
las gastadas sandalias andariegas,
 atascadas de desgana
en los charcos de barro pegajoso,
despanzurradas como surco de arado
 pisado por la mula.
Me regañan
por el tanto pasar sobre los cantos puntiagudos,
 y yo, ajeno a su opinar,
me alejo, tropezando una y otra vez,
para así hacerme el nuevo en el viejo sendero conocido.

VOLVER

¡Y ahí estaba el mar!

Añorado y confuso mar

de las tardes tendidas sobre el arco del viento.

Resbalando por las piedras de la orilla.

Golpeando, monótono, las amapolas del horizonte.

Recobrando el espacio de la tierra mojada.

Trayéndome el silencio de la playa.

Vestido de espuma y cielo gris.

Repitiendo mi nombre...

Y yo estaba ahí, ante él,

con las manos tendidas hacia su orilla incierta,

vacío de mi nombre,

cubierto por las nubes del invierno,

aferrado al perfil vacilante de las olas

ya escritas en la arena.

Y el mar estaba ahí:

profundo, y melancólico, y ausente,

como antes siempre estuvo... y sin hablarme.

Mar inmenso, abierto al viento

como el pájaro herido a su caída.

¡Derrota en pleno vuelo!

¡Amargo despertar!

Eternidad escrita

sobre el agua mansa del coraje muerto.

Con los pulsos fugados de mi sien.

Sin causa para estar y proseguir.

Caído el faro, gavilán de estrellas

amarillas del adiós para la noche.

Perdido el por qué ser y seguir siendo
sobre un manto espectral de luna roja.
Frío, de los crepúsculos idos a guardar
al negro peñascal que ahuyenta a los albatros.

Solo,

ahogado en el recuerdo,

temeroso,

desnudo,

quiero encerrar mi nombre con el tuyo,
en la concha vacía que olvidó el ermitaño,
y lanzarla hasta allí, donde la mar nos lleve.

Anonimatos de mi alrededor

rechazan la difusa luz sin objetivo,
mientras el corazón se ralentiza en enmohecido latir
y desgaja de mi piel letanías inconclusas.

Agobio del alma en alejamientos
disipada en latitudes de olvidados lugares.
Rezos de un sol que aflige en el crepúsculo su adiós pluricelular
en vesánica exégesis del tiempo ido.

Cárcel de algodón de menta,
pensamientos deshilachados,
proyecciones sin fecha fálica,
luna inhibida de resplandecer,
disolución,
recuerdos,
colindantes esqueletos sin sepultar...

(ilusiones que un día anduvieron, juegan a la gallinita ciega)

Columnas de cenizas yertas despueblan el paisaje ámbar
de la noche empeñada en nacer. Un corazón deslumbrado
de espuma y espejos, oculto entre el andarino fuego azul,

(recuerdos y brumas galopan juntos sobre el prado amarillo)

entorna los ojos al adiós de las libélulas,
mientras el tropel de mariquitas
ultima su vuelo rojo sobre el horizonte.

Dilapidadas primaveras, veranos consumidos de infancia,
terca actitud retadora de pubertades adelantadas a ti,
espinillas y simientes perdidas en el espacio entre tú y yo,
mujer que anidas en el dobladillo de la espera.

Ilusión realzada en el daguerrotipo
y reencontrada en el desfiladero de las musas yertas.

Juventud imposible de tornar a contemplarse en la mar.

(tiempo transcurrido entre vida y vida)

Envejecí aquellos sueños que bebían de corolas desvaídas
y retorné al amor del niño sin motivos.

Rompí las ataduras a desconsoladas imágenes:

arquetipos de tiempo,
sinsabores desarbolados,
partidos de dolor,
inconsistentes,

sombras que acumulan y clarean su negrura de lodo y pedregal...

(vía crucis de rencores enquistados a la orilla del dictado de otros nombres)

Busqué, entre pabilos moribundos,
la oscilante verdad en fuego y cera:
congoja implícita del humo que se eleva a ningún sitio,
viento voraz de las almas sin piel ni circunstancias,
edredón de pecados,
equinoccio de noches amarillas...

(recuerdos que una vez soñamos juntos)

Espacios disgustados en el alma indecorosa.

Océanos perpetrados de separaciones y olvidos.

Alas de seda arrastradas en el fango amargo del caos.

Innecesarios albaranes de un amor nunca conforme
que taponan los huecos entre el cartón y las tinieblas.

Amaneceres inconsistentes.

Lunas cojas de queso fundido y chocolate amargo.

Horas inútiles, que se enredan en el viento de levante.

Cariátides caídas junto al lago grisáceo del no volver.

Soledad de los difuntos...

(tiempo que fue nuestro sin apenas darnos cuenta)

Estancias perdidas entre las noches de mango y champagne.

Casquivana raíz brotada de latitudes ambiguas.

Extraviados accidentes amorios

que se reclinan, sin ver,

sobre la fugaz luciérnaga.

Vértice de tambores indecisos,

movidos al compás del circular carrusel

que renueva sin parar la locuacidad del mono azul.

Pecado original teñido de verde-gris...

(indefinido amar sin lógica ni proyecto)

Fundido en hielo y clorofila.

Desnudo,

-hasta de ser río temprano-,

ante la muerte relatada y breve en dispar comparación,

ante el sol de las montañas de Manitú,

ante bosques encantados

donde el búfalo y la ardilla juegan juntos al escondite

entre nogales somnolientos...

Ayeres teñidos de rojo-esperanza.

Destino de perderme columpiado sobre ramas de sauces.

Locas arácnidas de mensaje mentiroso

en el soñar, soñando con los no sueños que orlan

primaveras recompuestas de arlequines y mariposas sin flor.

Mentiras superpuestas

que se encaraman sobre mi razón para apartarme.

Miradas confusas entre auroras ruborizadas.

Amaneceres infértiles de sol y oscuridad.

Desatinos de perder levantados por ángeles disolutos.

Sueños muertos sobre incertidumbres perfiladas más allá.

Ilusiones encaramadas a la tapia del ajado camposanto.

Esdrújulas estrofas que se asoman al minarete de las lágrimas.

(la muerte, con desidia, deshoja la flor de la fecundidad)

Placeres que ayer anduvieron a lomos del corcel sin prisas,
galopan hoy sobre la hojarasca barrida por el viento sur.

Inanimadas figuras de un tú y yo hecho jirones
justifican, en su danza orbital, el no ser de los recuerdos
expatriados en el cerro fantasmal del amor sin suerte.

Palabras contra sombras:

delirante desajuste de aquel escondrijo
 colmado de desconciertos,
 de astilladas evocaciones de concernir.

Participio del resumen superado,
 de la inversión crucificada,
 de escabrosas escenas escapadas de tu lengua lujuriosa.

Estúpidas

alegorías

impertinentes

que hurgan en la sinrazón del tan siquiera rememorararte...

(los niños del ayer corren a la caza del felino loco)

Peregrino de mí,

corono las montañas del olvido pequeño,
donde la distancia se convierte en vórtice
y el tiempo
en esperanzas de volver.

Desnudo rosario de luces carmesí -envés de tu mirada-
que señalan senderos hacia tu ahíto corazón.

Me detengo en el rojo y el blanco,
en el amor abierto a los recuerdos ámbar,
en los árboles en flor,
y en los gajos hendidos por las palmas de sol, soy oscuridad.

Y aún cuando hoy es diferente la jornada
amanecida en el camino hacia tu proyección redentora,

-peregrinaje de quimeras-

no mengua el impulso: utópico andariego
de suelos blandidos tras de tu huella.

Amado día, prohibido, aún brumoso,
montado en las luciérnagas de mis campos...

(distinto día, distinto ser, distinto realizarse)

Silentes reflejos cobrizos

(habaneras de sol y alejamiento),

caracolean, sin tregua ni medida,
en las aguas quietas de la mar inútil,
mientras dualidades de sirenas hetairas navegan hacia mi boca,
ávida de luz,
en las tardes de simientes pobladoras de senderos,
de inocencias y lujurias pegadas a la cal.

Consumación confinada entre amores y utopías.

(pantalón de príncipe de Gales y jersey verde).

Poniente circular tintado de azul.
Distancias arraigadas en el seto sin rebrotar.

(de los amores distantes)

Los sudarios de los muertos transcurridos
han vuelto a dejar su impronta en la pared.

Tristes marcos, sin cuerda ni alcayata, sustentan la deidad
que nos obligó a dirigirnos hacia aquella amanecida,
ausente de palpitaes.

Pensamientos estrábicos sin iris,
ni pupila que soporte la laxitud de la nieve,
cercana a la nostalgia de otras tardes de calor.
Playa embarrada de recuerdos ilusos.

Infantiles colmenas.
Juguetes destrozados sobre el dintel del ventanuco sin idea de serlo.
Sublime caminata hacia la despedida.

(trasnochado pirulí pregonado sobre tambores
de pasión, subsumida en tardes de no hacer ni decir)

Adiós...

[¿Acaso tu mano se quebró en el vano intento
de agitar el pañuelo hacia un levante cubierto de sal?]

Triste bitácora sin rumbo que marcar.
Ola de caminar disléxico hacia la arena esparcida.
Lluvia de un ayer desarbolado.
Despedida en la tristeza.

(infinito abandono)

Traigo los labios gastados

por miles de besos perdidos de darse
y el sabor de la mandrágora rigiendo mi alrededor.
Sensación que desconcierta al anciano montaraz
cuando arranca los abejucos que enraízan en tu cercanía.

(fantasmagóricos sonidos se concatenan en do mayor)

Viejo arrecife enflaquecido por los embates de infinitas olas.
Disímil visión de clónicos momentos de lujuria irrenunciable.
Sollozo confundido con el deleite encaramado entre tus muslos.

Olores, sabores, flujos y simientes extravían mis dedos de algodón y seda,
mientras se ciñe a la memoria el rítmico sonido de aquel deseo
que consumamos sobre el lecho de espinos y humo.

Perdido paso a dos, borrado sin remedio por tus labios tatuados de mi ayer.

Temores y tiempos prendidos de la añoranza del sueño por conjugar.

(la hojarasca, vencida por tu goce, destila pizcas de rocío)

Aceptación de que fuera así.

Experiencias dilapidadas

tras las huellas de una entelequia discordadora de alejamientos.

Ilusiones que escaparon al infinito inconcreto del no ser.

Fálico reflejo lunático horadando la hondura de la mar.

Patrañas de pasado.

Historias sin pecado original.

Erradicado núcleo,

-inmóvil al considerar-,

que gravitaba, entusiasta,

sobre la enorme piedra parda de la semilla inacabada,

mientras rumbeaban a nuestro alrededor,

-en el prado de las azucenas desfloradas por delirantes danzadores-,

los genios del devenir.

Tiempo perdido en mor de una soledad

a la que le concernió soportar el ocaso del mito.

Fantasmagóricos instantes de quietud.

Estaciones desiertas de herrumbrosos vagones de hojalata.

Veletas entrelazadas por el viento del oeste...

(descuidados de amar, nuestros labios retoman el adiós)

VISION DE MADRID

Corbatas presurosas,
 humos,
 calles,
sórdido mar de ruidos,
voces muertas.
Junio, por el balcón, asoma triste.
También la habitación se estira
 y queja.

Mi receptividad está atascada,
¡hasta escribir me cuesta!

Tiempo breve de la tarde oscura.
 Todo es gris,
lo mismo que ese cielo
que tapa la ciudad herida y vieja

¡QUIMERA!, que consumes al tiempo mientras la vida se lleva la edad a sus espaldas...

Me derrame la vida por seguirte.
La dejé en la cuneta de un tiempo, ahora vencido,
junto a las viejas voces de amor, desperdiciadas
 en marchitas ternuras
de un corazón herido de engañoso engañar...
Y siento el quemazón del por qué del camino
 en mis pies,
que se arrastran persiguiendo al destino.
Y deambulo los días en un error errático.
Y agito, temeroso, mis solitarias manos
en pos del espejismo lunático vacío...

Soniquetes burlones y frases piadosas
 afilan hoy las lanzas
 de soledades solas,
 y pierdo las respuestas
 como la luna en sombra
deja perder su estela por el mar escondido,
 y persigo, callado,
 nostalgias y quimeras
para justificarme del tiempo que se ha ido.

A MI PERRO

Corre sobre el pespunte de la tarde
y eleva sus orejas hasta el perfil del cielo,
encapotado y ajeno a su mirar.

Jugando,
salta sobre la mar y el pensamiento,
acerca sus pupilas a mis manos
y lame los recuerdos.

Después, se aleja triste
de no poder decir sus sentimientos,
y una lágrima azul dibuja con la arena
su andar perdido y lento,
mientras la noche recorta la figura
añorada y querida de mi viejo perro

He vuelto a ver madrid
...y la tarde se vino en ríos de incapacidad
para mover mi voz,
falta de ti y llena de silencios reiterados

he vuelto a ver madrid...
y ya no vi el sol que entonces nos hablaba.

Silencios revolotean y cruzan la mañana
nacida con la espuma de la mar ausente de palabras.
Edifican recuerdos de esos otros veranos transfugados,
tachados de volver a repetirse,
idos con el viento
en busca de un lugar donde supervivir en la distancia
a la perezosa de mi imaginación, ocupada en tu olvido,
y plena de trocitos de ilusión desprendidos y rotos
de ese puzzle inconsútil que telona mi tiempo de vivir.

Aseguran que nunca arraigó aquel pequeño árbol
plantado por tus manos, cerradas a conjugar futuro.

Cuentan de un otoño dónde tu voluntad se fugó
y tú lloraste su ausencia
y te quedaste sola de añoranza,
en la complejidad de un abandono reclamado por ti,
por el agobio de sentirte querida y así obligada.

Y dicen que también te remueve la ausencia;
que buscas, con empeño,
cachitos de un ayer ya desterrado,
ya roto,
ya ido con el viento,
para así intentar supervivir,
para así poder volver a los silencios,
para así poder recordar,
para así poder llenar tu mente de trocitos de ilusión
desprendidos
de ese puzzle inconsútil que telona tu sueño por vivir.

UN DIA MÁS

Hoy, la soledad desmandada
corre por la habitación,
y se gravita sobre el mueble de los viejos libros.

Suena el casete
una y otra vez las mismas cosas,
retratadas a lo largo de la cinta
como tira repetida de fotomatón.

Veo una araña,
-escapada de la escoba que elimina todo lo que estorba-,
balancearse, audaz, a la caza de la mosca que voló.

Me horrorizo con el altavoz de la vecina
que grita cataratas de chorradas arriba, en la escalera.

Releo otra vez sucesos que ya fueron,
contados en el astroso diario
que encontré en un armario
de no sé cuanto tiempo sin abrir.

Llamaron a la puerta, confundidas,
unas caras distintas
a las caras que aburren con su hola matinal
de muertos sin saberlo.
Creí, por un momento, en el azar,
para crearme asombros de personas abiertas a decir lo que quieren.

Hago sonar la cinta repetida,
mientras doy permiso a mi imaginación para cabrearse en tu recuerdo.

Enciendo un cigarrillo,
toso

me atraganto

reniego de fumar,

pero lo ultimo.

Me desperezo

y me pongo a mirar por el balcón

como termina el día de tu ausencia.

Cubierto por el crepúsculo que combina

los planos irreales del pensar que es así,
aunque no sea como yo creo, y muestre

una verdad

que no es la misma que dejamos tú y yo aquella tarde,
mientras otro crepúsculo repetía eso de anochecer
y entre las manos se nublaban las risas
cosechadas a fuerza de un constante transigir,

y comprendernos el error,

y hasta olvidarlo, en suma de los dos,
me resisto a descorrer de las horas de tu ausencia

el velo azul de aquel recuerdo,

vivo aún en el camino que falta por andar
y que entretiene al por qué de la desesperanza.

Solvento los problemas de la imaginación,
cuando no encuentro el calor de tu cuerpo,
con las excusas del regreso posible
y las ocupaciones que impiden tu presencia entre mis brazos,

y creo que me quieres todavía

a pesar de las cosas que están entre los dos

y no se borran, ni caen en el olvido.

No intento disculpar, ni disculparme, ni siquiera entender

por qué ocurrió de ese modo,

(para así justificarme ante mí mismo,

tener a quien echar la culpa,

y descargar mi voz de los reproches)

Enfrento el mar de las vacilaciones
plantadas por el borde del verano sin luz
y me armo de valor para mirar al sol oscuro de tu falta,

y me muevo,

en silencio,

por la orilla cubierta de añoranzas
de tu tiempo, que fue y ya no volverá a ser,
que ni tan siquiera se pronuncia al fondo
de la raya gris que delimita
el irme más allá de lo que importa.

ZONAS EN CONFLICTO

Somos dos zonas catastróficas desmanteladas,
 navegadoras argonautas de quimeras y despropósitos,
 puestas de proa al viento,
 las velas izadas del revés,
 tripulación amotinada, hambrienta y aburrida,
 golpeadas las quillas inmóviles y viejas,
 jarcias podridas de descansar al sol,
 hartas de capear estultos temporales,
 acosadas por gaviotas ajenas,
 dormido el abordaje
 y los garfios partidos de golpear al suelo.

Somos dos zonas catastróficas colapsadas,
 cercadas por los rayos de pasadas tormentas,
 habitados los charcos por ranas trasnochadas,
 cortados los caminos vecinales,
 con los tejados llenos de granizo
 y los cristales rotos
 por la histérica furia instalada en la voz
 pegada al resurgir del huracán sin día prefijado,
 nacida en el ámbito
 del ángel vengador de no sé cuántas cosas.

Somos dos zonas catastróficas enfrentadas
 por vendavales crónicos, recíprocos y absurdos.
 Enfrascadas de lleno en ese a ver quien gana.
 Ahogadas por el polvo surgido del desierto
 que nos tapó las horas compartidas en calma.
 Aherrumbradas al borde de un camino
 por donde huyeron la risa y la esperanza.
 Condenadas a mirar como se mueren
 los sueños concebidos una vez. Esclavas
 de posturas absurdas, triunfadoras de nada.

Encerradas con el frío de la noche.
Desorbitado todo
y el alma, como siempre, despistada

Día gris, partido,
mareado de mar y luna llena.
Susurrantes vaivenes sin sentido
de perezoso andar por calles huecas.
Aceras que rezuman
cuerpos sin sombra y voz, y rastrojeras
de pasos que retumban
en el vientre dormido de la niebla.

IMAGEN

Cálida niña arbórea,
 luminosa, vital,
 enraizada al suelo sur,
 viento de verde prendido en los pañuelos de la estrella fugaz,
 huida y sola estampa juguetona,
 aññado almanaque,
 malabar y azul agosto...
 ¿dónde fuiste a parar?

¿Se fundieron tus besos en dulces mariposas de saliva?

¿Se fugaron tus labios hasta el sepulcro de la risa muerta?

¿Encontraron tus piernas el cansancio de ojos confundidos?

Me retraigo en la espera,
 impaciente la prisa,
 mezclo fin y comienzo en redomas de hierba
 y resbalo a la noche por los dedos
 en las húmedas horas de los lechos sin dueño.

Te me alejaste niña de pezones erectos.

Regresarás mujer
 abierta,
 cadenciosa,
 suavidad de la luna,
 terciopelo,
 nacida,
 reafirmada libre,
 agua y corazón de savia verde,
 para tapar en mí a las penurias lánquidas de la ausencia,
 escrita en los azogues de los espejos muertos.

ANOCHECER

La tarde se curva y late en la cinta salada
que limita la mar y la distancia.
Me relajo por el azul y blanco
de todo el tamaño a la ventana abierta de humedad...
Navegada,
inmensa en su lejana inmensidad,
solitaria de sí,
libre,
llena,
viva,
eterna,
la mar cambiante se disfraza de paz en la lánguida jornada que termina
y yo,
marinero del viento sin saberlo,
me embarco con el vuelo de gaviota insumisa,
para alcanzar a tocar el horizonte,
deslizarme por él,
columpiado en su línea de más allá,
y planear de nuevo,
para alejar mis pasos del aquí permanente y anclado en el hasta mañana.

Anochece...

Anochece y oscurezco la luz.
Hago rodar la luna sobre el cantil de la estrella vespertina.
Me inmovilizo en el aire ligero de la noche surgida,
respiro entre su aroma la armonía
y, sereno de mí,
me estiro hasta rozar el trazo del cometa que buscaba desde ayer.

VISION DE INVIERNO

Yo vi a la soledad
pasear en silencio por la playa perdida.

Yo vi a la soledad
remover a las sombras lejanas del recuerdo.

Yo vi a la soledad
en mortecinas noches de voces extranjeras.

Yo vi a la soledad
en las manos cruzadas de aquel amigo muerto.

Yo vi a la soledad
cabalgando a la angustia embozada en su capa.

Yo vi a la soledad
en los claveles rotos sobre el balcón enfermo.

Yo vi a la soledad
en el viejo vestido de luto de la abuela.

Yo vi a la soledad
en las mañanas grises del desconchado invierno.

Yo vi a la soledad
en domingos repletos de lluvia en las aceras.

Yo vi a la soledad
en los días que estuve ausente de los besos.

Yo vi a la soledad
en altares vacíos de iglesias derribadas.

Yo vi a la soledad
en la mirada triste de los ojos sin sueños.

Yo vi a la soledad sentada junto a mí a los pies de la cama:
cuando fue amiga mía y se mudó a mi casa.

Cielos de junio,

humo,
estación...

Parábolas evocadoras de la bacante azul.

Solsticio,
largo día,
círculo solar,
antifaces de ayer,

símbolos de amor teñidos de añoranzas,

remozados conjuros,
isla afortunada,
playa,
espuma,
barra de levante...

y tu rostro enmarcado junto a la osa mayor,

mientras el danzón se escurre entre las puntillas

que borda

un chiflado mar,

ansioso de bambolearse en tus caderas.

(Noche del 23 de junio en Las Canteras, Las Palmas de G.C.)

Llena sus espacios de besos agrietados

y se encarama
-cual serpiente devoradora de días y evocaciones-
por la escueta vereda hacia la alucinación,
que se retuerce y penetra
en el lóbrego túnel del se fue,
abierto en la mordaza de la tierra.

Tiempos de mares sin sal.
Rumbos que desvirtúan otros albores
sumidos en la vulgaridad de la inapariencia...

(desazonada por aparentar su irrealdad,
su voz se desespera en el pantano de las vacilaciones)

Estaba allí.

Aquella tarde estaba allí.

Junto a la tierna edad

perdida en un ayer irremisible de repetir su canto.

Junto a esos momentos

que dicen suceder y no pasan de ser incertidumbres.

Junto al tiempo que nos rodea

y exige todo cuanto no está dispuesto a dar.

Junto al pasado soñado

que, de puntillas, se fugó de la casa perdida en el ayer.

Junto a la estampa

de aquel niño que un día convencí de ser mayor.

Junto al intemporal comedor

envuelto en hálitos de tiempo marchito.

Junto al cálido dormitorio,

laqueado en gris de tantas noches ajenas a mi considerar.

Junto al largo pasillo,

patinado por muchedumbre de morriñas jugando a las cuatro esquinas.

Junto a la voz ilusionada,

ida tras la quimera de quedarse contigo para siempre.

Junto a la fotografía

que inmovilizó mi espíritu en aquel pasmoso soplo de eternidad.

Junto a los retales

de nunca sentirme ése a quien siempre hice caso...

Y noté tu presencia.

Estabas

rodeando los días perdidos,

buscándome en una críptica maraña de destellos y murmullos,

intentando adivinar el rumbo que seguí en mi vuelta al más allá...

Y quise decirte: estoy aquí,

pero yo, ya no era yo... ¡y tan distante...!

Destruída de amor,

cercana a la muralla de los entes no dispuestos,
avecindada en el finito tiempo de un perpetuo espacio,
la ciudad promueve una luminaria ambarina y malvada
que tapa a sus moradores tras la profanación deslumbrante
y deja que se deslicen por el barranco abierto a lo imposible,
mientras sus manos
desmigajan,
lánguidamente,
barahúndas tardías de precario recorrido.

Quebrado ese corazón que perpetuamente sedujo al aroma de la noche,
abatida aquella aurora que redimía el tiempo de ser feliz,
postrada en la vorágine de la feria sin nombre
la efigie blanca y azul de tiempos viejos,
veo navegar,

(inmersas en la soledad incomprensible),

las horas que me sobran para decir adiós.

Caminos de la mar,

jirones de luz prendidos en hálitos de soledad,
archivos de evocaciones arrinconadas,

naufragas en la pleamar...

Deserción de lo incondicional,

retazos de ternura

derramada en pos de quimeras no dichas.

Sonrisa derrocada por la minúscula ausencia...

(vendaval, tramontana, cielo desteñido en ocre...)

Estelas vírgenes de rodadas perdidas...

(maremoto de espíritus descarrilados junto al alba)

Dejaste fluir la savia

en tu errante caminar tras las estrellas,
y adormeciste tu vientre,
ansioso de otras manos,
en el sincretismo de la lacerada flor.

Horas por nadie reclamadas contemplan tu hoy,
mientras hadas vetustas en hechizos artdecó,
sorben sobre tu piel ginfiss de amor con aceitunas
y tu boca, engalanada con sonrisas perpendiculares,
prodiga sus guiños a la luz, mareada al ritmo de aquel vals.

(magias de un ayer reconvertido)

Descendieron gotas –rocío incandescente- entre atípicos cantos de cigüeñas.

In crescendo, soterrando la foresta verde y luna,
sobrevolaron las palomas la soledad del virginal follaje,
y el llanto –sinfonía amarilla- irreversible de un violín,
fue marcando el compás
de la asintótica visión y el antigiro: vals del envés,
y deslavazadas vacantes danzarinas de lo absurdo,
y sueños: la pesadilla, encalada en grises, se hizo realidad
entre blancas paredes, enmohecidas pavesas, pétalo sin abrir
y antiguas quimeras lumínicas.

(que atraen hacia su dualidad de ión a la mariposa azul de alas partidas).

Ocaso Veintiuno de las almas.

Esdrújulas madre selvas se aferran al estremecimiento
de no estar sino alejadas del hierático adolescente
que descolla la moldura entristecida.

Listón incrustado en el muro gris del lamento,
lejos de las menudencias del corazón,

(duendes de pinocha descabalgados de la hora del gran arcano),

mientras los funambulistas de sueños y filigranas,

-añejos disparates

fugados a la vecindad del recuerdo apresurado
que habita el valle de la certeza-,

comparten la carne del intrigante

que, a modo de filibustero de salón,

aborda, sin tregua,

los bellos recuerdos que dormitan bajo el mantel.

Postración de estío, enraizada molicie, ofrendas desportilladas...

(horas enmarañadas en la añoranza diferente)

Evocación

Patio de arrayanes: alboreada flor solitaria en su esencia.
Verde intenso de sus ramas colgantes, cual lágrima al infinito,
hacia el suelo presuroso de un sol color añil.

Mirada profunda.

Honda revelación de aquel querer
perdido en la lejanía de la memoria inmóvil. Diminuta corriente azul
asentada en lo perdurable.

(Magia de una primavera esparcida en su languidez de azahares y magnolias).

Carmen lejano.

Niñez oculta.

(La maldición galopa a lomos de la jaca negra)

Reja imaginada a la sombra del Veleta.
Garnata dormitando abajo,
mientras Elvira apura las últimas luces de un atardecer sin futuro.

(Ruge el león en la puerta de Gomeles al socaire de la cruz y la corona)

Adiós al tiempo del amor y las calandrias.

Lejanos horizontes de humo

conjugan la línea del aire,

mientras perdidas praderas de amor se enclaustran en tus ojos.

Recuerdos inmóviles

de sucesivos besos destruidos en tu boca.

Ámbar de lejanos mares,

caracolas

que resuenan en honor a ti,

princesa olvidada sobre el caballito de mar...

Hilera de corales entornan tu talle,

enmarcado en el sol poniente

de aquel anochecer inaccesible al adiós.

(el negro cisne navega en pos de la tortuga fugitiva)

Pantanosas raíces que emergéis del tiempo del agua,
esporas derivadas de estancias lunares,
 astros sin calor,
polvo hierático ahogado entre las tapias del ayer...

(despereizados días de aguardiente y tabaco)

Empapados anhelos
que huyen hacia el azul de un cielo sin descubrir...
Falsaria de contracciones,
 artimañas,
muecas sin rostro ni predominio...

Repetidas barahúndas corean, al unísono,
las ociosas costumbres de un ayer
 donde tú,
 salpicada de gélido recordar
 y traje coloreado en verde,
capitaneabas el panal de las dispersas mieles:
zánganos revoloteados de honestidad,
hermanadas hormigas ataviadas en marrón-cielo,
altivas margaritas tocadas con velo azulado...

Confusos altares, reconstruidos cada atardecer.

(la serpiente, sin pecado, abandona el árbol del Edén)

Jubilosas recreaciones de hipocresías cotidianas.

Resalta en la lejanía su figura de palo y marfil.

Alargada perspectiva
aferrada a la historia del colibrí estucado
que pía sin parar,
en la umbría de unos ojos manchados de caramelo,
allá donde

-en la distancia de lo imposible-

se desvirtúa la silueta imaginada.

Ilusión circunstancial de un iris
que, resplandeciente de amor,
intromisa el tiempo en su por volver.

(vestal profunda de la estación de arena y chocolate)

Y mientras la noche soterrada en su novilunio,
retorna, perezosa, para enraizarse en el adiós,
la ciudad, contaminada de pesadumbre gris,
pierde contenido en sus caminos huérfanos de mañanas.

(tiempo extinguido en pos de la morena mar de llanto y caña)

Se abatieron hojas de agobio
 sobre los tejados grises,
 y el cendal tiñó de rojo aquel destino,
 paradigma insoportable sin el hálito sutil de tu venida,
 perdida entre mareas de espuma
 que,
 mansamente,
 deletrean la sinrazón de amar sin compartir.

La estrábica amanecida
 esboza estelas al recuerdo,
 arcaicas imágenes de un tú y yo,
 desarbolando momentos irrepetibles
 en desafinadas estrofas,

-capaces de volatilizar al firmamento-

 mientras tu fuga en re
 deja un leve trazo sobre la almohada de las desesperanzas.

 Se desmenuzaron las voces
 que clamaban, perdidas de abandono,
 en los claustros desiertos de palabras y sombras.

 Se disolvieron en el agua
 los melódicos mensajes de ternura,
 mientras la tibia sal
 de aquel resplandor, casi parpadeo,
 llenaba de sentido al disparate de no conjeturar tu huida
 en pos del espejo del amor tardío.

(diluido en la extensión que medra como peregrinaje hasta tus faldas)

Alejó tu voz el fugitivo viento bailón
en mágico chispazo de lo disímil,
cuando zambras y alborás madrugaban el Sacromonte
y San Nicolás cimbrea al son de la petenera,
fantasía requebrada de un ayer hecho guiñapos.

(pórticos de muerte color acebuche entre los vericuetos)

Calles baldeadas de magnolios y azahar.
Rasgueo de lamentos rompen la elipsis,
mientras cruces primaverales involucran el aire.
Sudarios azulados de magia y nieve...

(te evoco como eras, picacha triste de la soleá)

TEMPUS FUGIT

Otea en la distancia, para instalarse en el reflujo
que impune su silencio a la sinrazón de la piedra transgresora
y el mirar de soslayo hacia otro amanecer en el que tú,
núbil placentera expatriada del paraíso pervertidor,
trasladas la infidelidad insolvente
hasta los espacios inagotables de infinitud,
sin recomponer en mitologías
la sinrazón de la inseguridad, plasmada en un perfil
del que jamás se volverá a desprender
ese aliento abrasador de las horas evadidas del sendero de lo cotidiano.

Tiempo de verano prendido del ayer.

Luna arruinada y esférica

nacida de la noche parada en blanco.

Brisa de seda espoleada sobre la mar dormida.

Atrevidas manos paseadas sobre mi piel.

Boca y concesiones no pedidas se realzan en la arena.

Serpenteante placer.

Cuerpo desnudo a la caricia.

Húmedo sexo.

Espesura del deseo sin otra perspectiva.

Incómoda cama de rocas.

Vértigos de cartón.

Campanillas desafinadas...

(sueño de otra atada a mi sentir, sustituida)

Cuando la noche cae sobre la nada

y el silencio se apodera de la playa finalista,
siento cómo se desgranán en mis ojos
soledades de atardeceres salpicados de gris,
que duermen acunadas por la brisa pequeña del olvido.

Mágicos momentos de pasión, sensaciones
que quedan anudadas a la punta del quebradizo verano
y encuentran refugio
en la fragilidad que mora sobre el árbol del desamor,
mientras efímeros sollozos al adiós
se malgastan en su correr tras un aroma,
pasmoso bebedizo de indiferencias
que dormita sobre tu pubis consentidor.

Sueños sin justificante de existir
se han reconvertido
en ojos colmados de nostalgias a verificar.

(el niño cubierto de candor
se deja seducir por la bacante irreflexiva)

Me sujeto en las horas sin sol ni alejamientos
y rebusco entre sombras de mil atardeceres
nimiedades rotuladas en los lapsos de mar:
astillas de noches perpetradas en suave paso a dos,
miradas desviadas de entenderse en la pluralidad,
suspiros anclados al arañado cabecero artdecó,
placeres dispersos sobre sábanas de ayerés,
fascinación ante tu cuerpo, aún sin descubrir,
entrega,
entrecortado grito...

(las horas, fantasmales, se niegan a pasar página)

Evocación inconcreta pintada en las paredes
grises, instantes donde el tiempo se transforma en alegorías
manchadas de carmín, rojo intenso
prendido entre las ropas que tapan la silla inútil de continuar...

(tu imagen, confusa, se deja acariciar por la nostalgia)

Descompasados sonidos del aire rozan

el mar, -ausente de la luz-, y señalan

la estación de las esencias derrochadas sobre el medallón de tu liviandad.

Raíz o complemento, causa o efecto de la pasión desmedida

(ángeles y demonios juegan al corro pervertidor)

que acompañó mi soñar entre tus piernas, abiertas al infinito.

Desespero de evocaciones surrealistas sin telón de fondo,

entre el relío del sexo derribado de tu amor imprevisible,

en filibustera incursión a la estrella sin deriva que fluctúa entre tus labios.

(un mono arbóreo se aferra a las lianas de tu pubis)

Alondra abusadora,

no le pidas a mi corazón más de lo que puede dar.
Ya te entregó la incandescencia de sus paredes,
apagadas al soplo de tu vuelo, rasante y atrevido.

Su brújula,
loca de no encontrar espacios absolutos.
Su fuerza impulsora del andar,
encaramada en la aventura fuera de sitio.
Los latidos de la nueva encrucijada,
desatendida del guardián de la vía de las horas.

La latitud de su eje central,
descompensado por la angustiada llamada a la felicidad.
Su instinto para remar hacia la cuadrícula celeste,
soliviantado por el empuje del huracán cercano a ti.

El suelo de su raíz,
aniquilado en el relío de tu cuerpo.

La angosta partícula azul,
que aún solucionaba la permanencia del espíritu de la ilusión...

No le pidas a mi corazón mas de lo que puede dar,
alondra abusadora,
porque lo pararías en tu nombre.

BURLA

Enmarcan sus cabellos
los flecos de la tarde confusa y amarilla.
Lleva los sentimientos, vibrantes, atrevidos,
hasta el atril del libro de los ruegos.

Oración y deseo.
Mariposas caídas en la lluvia,
naufragas de la orilla angosta,
ilusas viajeras infantiles al bosque petrificado,
inicuo receptor de blancas intenciones...

Su pelo se para y estremece
al descubrir la burla entre las risas...

Pálida, temerosa,
herida por la rama estéril del árbol deshojado,
abandona mi mano
y corre hasta esconderse de ella misma.

VISITA

Estabas y te hiciste presente.

Llegaste,
ocupaste de prisas y vida
los rincones yertos,
las horas sin luz, temerosas de ser,
y abriste las ventanas de ropajes y sombras
y te asomaste a ellas
sin el vértigo al vacío de mis horas.

Enredaste en tu espalda
los gélidos nenúfares de incontables inviernos
y los convertiste
en mariposas de amor
al volar de las noches, cálidas en ti...

Después, no estabas.
Volatilizaste lo visible,
pero olvidaste aquí parte de tu sonrisa,
entre el balcón y la escalera,
y te llevaste a cambio
algo del corazón de mis días.

PROMESA

Regresaré, mi amor, una mañana tibia del otoño,
 montado sobre el vuelo de las hojas caducas y amarillas.
 Me cubriré de campos, de cañas entrecanas
 y viejas golondrinas de volver desolado.
 Refulgiré en la antífona de oscuros presbiterios,
 tapizados de polvo anaranjado y blanco,
 y te traeré desde allí a los recuerdos,
 laureles arracimados, verdeantes, de los días de entonces.
 Vibrante sol muerto en el adiós
 a ti, a mí, a nosotros.
 Nos fuimos con la lluvia del verano fugaz,
 adolescentes,
 nacidos de una voz ausente de mañanas,
 del eco sin escalas de tu voz,
 de mi voz,
 de palabras sin sombra prendidas de la rama del olvido.

Regresaré, mi amor, para colgar de tu cuello
 el abandono de tu tiempo en mi tiempo.
 Salpicaré de oro tus cabellos,
 grises en la ausencia de mis manos.
 Remozaré mis labios en tus ojos de niña, agostados de tristeza.
 Me detendré
 en la nube negra del desconsuelo y abandonaré en su vientre
 a tu dolor,
 al mío,
 al nuestro de la ausencia.
 Remontaré tu cuerpo sin fronteras.
 Circundaré tus senos de jazmín y canela con la esencia del hálito lunar.
 Cubriré tus mejillas de los besos escapados a tu boca,
 de rubor
 y deseos
 crecidos por tus piernas, de tacto adolescente...

Regresaré, mi amor, desde tu olvido,
y te traeré los años inacabados
para tapar con ellos tu vuelta al desaliento.

Con esa soledad menuda

que entra por la ventana abierta al mar
y me proyecta al día que tuvimos...

Con esa soledad menuda

que circunda el sofá que tú conoces
de las tardes cargadas de pecado común...

Con esa soledad menuda

que se cuele hasta el cuarto
tapizado de tu olor y tus caricias...

Con esa soledad menuda

envuelvo mis palabras para amar
los momentos de amor que aquí olvidaste.

RESPUESTA

¿Acaso no te puse
 en críptico reclamo ante la noche
 y el vacilante paso del olvido?

¿Acaso no le recé al adiós,
 desesperé su encuentro,
 para alejar de mí
 la inanición desesperada de tus besos?

¿Acaso no huyó la primavera de estar contigo?
 Compañía de uno siendo dos,
 reclamo imaginario de perdidas victorias,
 derrota en tu mirar... yo indiferente.

¿Me reprochas? No lo hagas.
 Avanza hacia la noche malva-violeta,
 no vaciles el paso,
 oriéntalo a la esquina de las horas perdidas
 y encuéntrate,
 ¡ya es hora!
 Perdiste tu ocasión,
 ¡misericordia!,
 no insistas más en camas maldecidas,
 rebeldes de los dos, involucradas.

Desviados destinos
 y distintos caminos para llegar a ellos.

No insistas más.
 Abandona la cama de flores y de sueños,
 es mía, es para mí, es de mis horas,
 de mi empeño de niño rebelado,
 retirado de tus caducos sueños,
 sin encontrarte en la palabra amor...

No roces a mi piel estremecida,
tiembla en la sinrazón pegada entre tus manos,
inarmónico temblor del azabache
adherido al crepúsculo del deseo...

(misericordia y paz, el tiempo está cerrado)

¿Y cómo

y de qué forma dices que me olvidaste?

¿Enterraste la espiga desgranada?

La rosa azul-cobalto guardada entre las hojas
de tu cuaderno niño,
el beso arborescente y húmedo
en tus catorce años,
proyectados al astrágalo verde
de los días sin mácula,
¿los arrojaste al fuego
en el bosque de las hallas desnudas?

¿No te quedó el regusto canela de mi piel
en tu boca, ávida del temblor nuevo,
cuando mis manos cruzaban sus caricias
a la rizada copa de tus piernas?

¿Acaso has olvidado ya el pequeño regato
donde mojamos los pañuelos
de tiempo de colegio,
para limpiar las huellas del deseo
al grisear la hora de ir a casa,
virginidad perdida de la mano,
núbil aniversario sellado por los dos?

Entonces, ¿no recuerdas aquellos andarines
de la playa perdida
envueltos con las nubes del levante,
tomadas las cinturas por lazos imborrables
y moteando el tiempo de estar juntos?

¿Y aquellas primaveras ahítas de placer,

las órbitas borrachas de pasión veinteañera,
madrugadas de encuentros repobladas de risas?

Y ahora, ven aquí,
ponte frente a mí y dime:
¿cómo y de qué forma cuentas que me olvidaste?

DESENCANTO

Cayeron en silencio los escalones
elevados hacia ti. Se fueron
del altar las margaritas blancas
nacidas en el llano de los juegos impúberes,
desazonados, premonitorios,
avanzadilla de encuentros suspendidos
en el estar de la pasión irracional,
 salvaje, recreada, crecida
 en el urdido hueco tenaz
 horadado bajo la curva
 de tu vientre inmóvil.

Se derribó el puente tendido a la profundidad de la ternura
y atenazó en su caída al río de la ilusión azul.
Frustradas marionetas encadenadas, inmersas
en el cauce desmoldado de las heladas aguas del ayer,
 impenitentes razones
 fugadas al por qué de la razón,
 solas, y desarmadas,
 ante la desolada noche del dolor...

(incrustada memoria del mirar para atrás)

DIA DE AMOR

Una vez, ¿te acuerdas?,
cansados de vagar por el sendero
de la tribulación y la miseria,
nos fuimos del camino
y en aquel prado buscamos la estrella
que nos fuera favorable al destino.

Quieto el momento,
parado el aire,
borrado el sonido,
entretejidos en fulgor sin tiempo,
flotando el alma en luz y contenido,
fuimos los dioses
que llenan sus entrañas del dios mismo.

Después, ¿te acuerdas?,
recompusimos el paso cansino
y volvimos a pisar por esa senda
que no conduce nunca a ningún sitio.

SONRISA

Personalizas el modo de declinar la tarde.
Llevas a la fragancia de la albahaca mezclada en el andar
y un mirto florecido entre los brazos.

Trémula, hendes el caduco suelo de la calleja muerta
y convertida hoy en radiante algazara,
danzarina en los labios de la rizada hiedra tapizada de sueños.

Rompes a los mohosos candados de la angustia.
Alejas al insomnio pardo de aventiscadas noches medidas por el miedo,
y, cual titiritera engalanada con la risueña túnica carmín y terciopelo,
haces saltar a mi bermejo corazón adolescente
sobre el pretil del puente del riachuelo azul de las mañanas,
prendidas en tus senos.

Enredas a la aurora al fanal luminoso de tus ojos,
te lo cuelgas del tálamo solemne de tus besos
y envías a las horas encarnadas
al festival sublime de los olmos encadenando al viento.

Anoche,

junto al recodo de las escaleras,
me sorprendió tu risa.

Sonaba a mar,
a juncos mecidos por el viento. Dispersa
por mis sienas, me remontó a los años de frescura
con olor a gladiolos en el ámbar ocultos.

Recompuso en sus ecos
el sonido a mi nombre de otras veces.
Traía corazones ofrendados
al dios fecundo de las cosechas nuevas,
en tardes de dulce retozar entre las camas juntas.

Renacían mis manos
al tacto incandescente de mis dedos mojados,
cuando tu boca bebía de mi boca
el oferente cáliz ritual del sacrificio.

¡Tu risa! Hoy convertida
en triste mensajera de confundidos términos:

amor, amé, amada...

Pregúntale a tu risa, solitaria, y desnuda,
y rota en el encuentro con la noche...

Desde la atalaya de tu mirada lejana,

-solitaria perspectiva del amor distante-

distribuyo por la vereda del tiempo disponible

las desiguales melodías de mi sinfonía sin retorno:

el fantasma errante de la ilusión,

la mezcla de pubis multicolores,

mis sollozos sin verter,

tus emociones, que sobresalen por el filo del adiós,

nuestra descontrolada pasión incomprensible,

aquellas utopías lujuriosas desparramadas por el suelo,

mi extraviada manera de vivir,

los vanos sueños de un ayer sin condiciones,

tu semblante, sin fecha de caducidad...

(sin querer, hago equilibrios en el extremo de lo comprensible)

Estábamos juntos.

Repatriados de amor en la corriente gris
 que cruza la vertiente onírica del puente de los besos.
 Nosotros, los cuerpos sin futuro,
 perdidas semillas que bañan el océano de las horas
 colocadas de través en el vagón de los deseos. Estábamos
 con la mirada manchada por ese caminar hacia el anonimato,
 dolidos por los clavos del reencuentro
 que conduce al más allá de las vacilaciones,
 refugiados en el lago de los supervivientes,
 resguardados de las guerras perdidas de los dos,

-añagazas inútiles traídas de la nada-

mientras contemplábamos cómo levantaban el vuelo
 los suspiros que no quisimos retener y esgrimíamos

-por aquello de cobijar al alma enamorada-

la esencia de un amor que nunca consideramos como propio.

Estábamos juntos.

Repetido de paz ante una mar dormida de extravíos,

(bajeles trazadores de senderos),

salpicada de olas,

-parpadeantes, lunáticas, arrepentidas olas-

en la noche invadida de luces al adiós.

Nos mojamos en llanto las manos manchadas de abandono
 y volvimos a la luz de aquellos días encalados de azul:

esclarecidos del ayer dormido, y de nosotros,
que no supimos examinar detrás de la razón.

Cuando camino hacia el revolver de tu mirada,
-esquinas encajadas entre polvo de amor y floración-
cincelo sobre aceras cubiertas de pasos invidentes
la huella de mi zapato resabiado de ti.

Nítido destino apartado de perderse a tu manera,
escueta visión de un ayer sin heridas de carmín,
recuerdo longevo de confuso amar,
luna sin brillo, extendida en el tapiz de los juegos pequeños,
visión de algo que jamás soñé...

(ficción y realidad se enredan en un mismo vals, sin música de violines)

Sobreviene la madrugada

en grito perezoso y atávico, que rebota en el pasillo sin cuadros.

Mientras que tu cuerpo, reposado y abierto para mí, desanda,
despacio, los umbrales del placer sin concordia, y reclama
el retorno de las horas que acaban de fugarse,
siento como el hastío de lo repetido me incomoda entre tus piernas.

(distinta noche y diferente parecer sobre tus pechos)

Reliado en quejidos de esperanza, recomienzo sin verte,
sin siquiera evocarte en la memoria permanente del ayer,
y reclamo -en ciega idolatría a mi otra circunstancia-
el derecho a renacer sobre la cruz de tu lecho pervertido.

(ilusión y contexto se confunden en el ocre ocasional)

Enseñas a la luna tu pie de los domingos,
ritual amanecido sobre cantos de escarcha,
falsaria que escabulle
un corazón amodorrado en su murmullo gris...

Y la luna, fascinada por tu descaro sin par,
remite su calor en argumentos
que trascienden de ti, indiferente...

Cósmicos engranajes mueven los hilos,

(marionetas tú y yo)

viejas recetas de madera y mimbre
bamboleadas en pos del ayer irreversible...
Cósmicos engranajes mueven el mundo
que perdimos de ser,
añoranza inútil colgada de la voz del segundero...

Mañana de mar sin serviola,
caracolas cubiertas de arlequines,
gaviotas de insufrible deambuleo,
piloto sin timón ni arribo,
escarcha de sol, afligido de alejamientos,
recuerdos que emergen sobre rompientes azules...

(el tiempo dudaba entre escapar o consolar los besos)

Tu cuerpo de lejanía

destituyó mi ilusión y condenó a la indolencia
la borrosa paráfrasis
navegadora tras tu traza del pudo ser,
señal perdida entre las brumas de un silencio descompensado
que reclamaba su espacio entre el negro-añil de tu falta.

Quise mitigar,
en el campo nevado de tristezas,
el desencanto de tus pupilas
y ofertarte la audacia de mis silencios,
mientras reclinaba la cabeza sobre tu sombra recién fugada
e imploraba que tu boca vibrara la esperanza...

Intenté prolongarme en las palabras mudas de tus labios sin voz,
imaginando besos de saliva y menta...

(¡larga eternidad la de la ausencia!)

Déjalo estar:

deja correr las horas por la parte de fuera,
retorna a nuestro lecho
y duerme un poco más.

Sueña con leyendas abiertas a transformar el frío,
cenizas consumidas
en mejores jornadas pendientes de los dos.

(encarecida época de amor sin desengaño)

Soñada circunstancia
retratada en los tapices
que tapan la razón de estar tan solos,
cada uno contemplando despertarse a la mar pensando en ti,
mientras avanzan, veloces, los lobos de la tarde deslumbrante
y rodean de angustia al desvalido crío
que hicimos realidad en aquel sublime encuentro de las ensoñaciones.

(después de nunca conocernos)

Allá, donde las distancias vienen a construir la nostalgia

que todas las mañanas se estaciona en las esquinas cruzadas de tu cama,
mientras despeinas tu cuerpo al ritmo incesante del no pensar
y tus ojos, sin sentido de ser, buscan mi mano...

Allá, donde las nubes conservan, en caudal de infinita memoria,
la intención de acorralar,
en límpida ráfaga de sonido arborescente,
al enamorado palpito que entonces sentí...

Allá, donde la amargura de saber enturbia la hora del reposo
y enredan los tiempos de conjugar amor
al viejo verbo encallado y pasado de moda,
candidato perfecto al olvido de tus labios...

Allá, donde los mares profundos de la niñez tardía
fabricaron aquel sendero de perdido recorrido y resaca incontinente,
para que depositaras tu blanco pensamiento de antes de ser mujer,
vuelan hoy los nubarrones de tu auténtica realidad.

¿Acaso no quedaron en el viejo portal corpúsculos de aquella mano,

(evocación abierta a conjugar luceros de lazo impenetrable),

que mimaba sin estridencias el calor diluido en tu cintura?

Madura niña, precoz en la suave brisa de un beso

que rasgó el crepúsculo,

para colocarse junto al aliento color frambuesa de tus intervalos de ingenuidad,

hoy reverdeces en mi memoria,

resurges de aquel regato de lágrimas inconclusas que un día derramé

sobre el acibarado envés del mar de tu extravío.

(¿Acaso se fugaron contigo las brumas azules de tu expandida sombra?)

(¿Acaso quedaron sueños de tanto no soñar?)

Equívoco

Arriba hay luz: son candelarias que cuelgan
de la noche, despeñada del llanto sin sentido,
mientras crepúsculos nigromantes

-a modo de furibundos trazos agrisados-,

se plasman
sobre el guardafaros de tu corazón color violeta,

-sobresaltado por tanto latir inconsistencias
de no ser, de no sentir, de no incumbirse-,

que, casi yerto, reposa junto al recuerdo fugado del propio recordar.

Y él, temeroso de despertar una ilusión que no le pertenece,

(amando tu desamor),

nimba la mañana dormitada en tus labios
y se disgrega de ser quien es para equivocarse en el desconsuelo.

Blancas noches de duermevela se desparraman por la habitación,
mientras mi pensamiento juega con el caballo de madera,

-festoneado en fucsia-,

indiviso anclaje de tu propia noche

(niña adormecida en el estiaje del desear)

al estrecho sendero de la casa sin jardín.

Deseo,

defraudado de trepar por la pared.

Sábanas,

que estorban a tu pubis, elevado hasta la contrariedad.

Pequeña alfombra,

mitigadora del sonido de mis pies sin huella...

Y tu queja,

-resonada en el estruendo de la noche por venir-.

dormida en flor junto a mi boca ausente.

Anaqueles de placeres transfugados hacia la mar.

(principio y fin de otros anocheceres inconclusos)

De un tiempo acá, mujer,

levantaron las nubes sus faldas blanquecinas
y se llevaron, prontas, los silbidos del aire
hacia la mar perdida de las olas que braman y se mueven
y arrastran a las piedras

(desarraigadas del fondo del querer por parecerse a ti).

Y quedó la mañana como limpia,

sin tropezar,

andadura hacia el sol, juguete de la luna,
infame escapulario colgado en el espacio enloquecido
del burlón tiempo en que anduvimos
fatigados de desesperar la lluvia que borrara el desencanto.

De un tiempo acá, mujer,

se arrepintió la tarde de pintar de malva tu camino
-adornado por las flores del consentir-,
y marchitó el ocre de tu andar
hacia el envés de la memoria,
apagando el sonido retozón que engaña al sentimiento,
abierto a calcular en el cartón de antiguas añoranzas.

Y resolvió la noche sobre el sendero de la misericordia
para dejar sin luz al corazón, huérfano de tu imagen
engañosa de diosa de la virtud de amar sin fecha.

De un tiempo acá, mujer,

el hada curandera del dolor

desarboló el armario de la llave perdida en el recuerdo

(de la zarza quemada en primavera azul de lejanía),

y rompió en mil pedazos el cristal, -reflejos embusteros del ayer-,

para poner en orden el jardín de nuevas esperanzas.

De un tiempo acá, mujer,
veo la mar de otra forma.

Mira correr la prisa por la vereda del azafrán
y danzar a las horas su ritmo disparejo,
mientras buscamos el tiempo en ese hermoso paso a dos que enlaza
tu boca con la mía en mudo asentamiento de amor sin concesiones.

Hagamos rabiar la luz
con nuestra semblanza reflejada en el espejo que relegamos
sobre la almohada del dormir sin utopías,

(pintado arrebol de tu mejilla, tersa de lágrima caducada)

constrañamos el adiós al abandono de los años carentes de futuro,
olvidemos lo demás
y dejemos que la vida transcurra mansamente en su fluir apresurado.

Tuvo que llevárselo...

no quiso que mi sueño conjugara la bruma en su cabello,
ni esperó que la luna se tapara el rostro para no contemplar.

Tuvo que llevárselo...

Y un corazón vacío de sentir

es sólo un dibujo triste

que la arena cubre en la pleamar;

un remedo de latido que la tarde interrumpe en su violencia
y bloquea en su intención...

(y así y todo, tuvo que llevárselo para olvidarme aquí)

Resultó ser espada y no caña de azúcar

el yermo pincho que encontré entre tus manos aquel día

revoltoso de azul,

entreverado en rojo,

pasión,

deseo satisfecho...

roto al estirar por ver si se estiraba

para tapar la noche de los dos...

Andadura pasada,

largo trecho a cubrir...

(ruta de sangre escrita en los pedazos

regados por el borde de la vida.

Desde la atalaya de tu mirada lejana,

solitaria perspectiva del amor distante,

distribuyo por la vereda del templo vacío

las diferentes melodías que componen mi sinfonía sin retorno:

fantasma errante de la ilusión sin verificar,

mezcolanza de pubis multicolores,

sollozos sin derramar,

emociones que sobresalen por el borde,

descontrolada pasión incomprensible,

utopías lujuriosas desparramadas por el suelo,

extraviada manera de vivir,

vanos sueños de un ayer sin condiciones,

semblante sin fecha de caducidad...

(sin querer, hago equilibrios en el extremo de lo comprensible)

Seremos nube errante
presagiadora de placeres.

Seremos enamorado afán
sin apenas rozar
la imposible mirada del loco.

Seremos los tráfugas del pecado original
que retornan sin voz al Edén vacío....

(seremos humo y luz diluidos en el azar de no volver a ser)

Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.com/](http://www.revistakatharsis.com/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Edición digital © Copyright Katharsis 2006.